

## UNA VISIÓN DEL CAPITAL FINANCIERO NORTEAMERICANO

## ¿Para qué sirve el euro?

ALEN MATTICH

¿Tiene el euro todavía un propósito? Aunque la moneda única fue un proyecto político desde el principio, también se le otorgó un fuerte fundamento económico. Una moneda europea rebajaría los costos comerciales, mejoraría los flujos y recortaría los costos del capital y, por ello, impulsaría el crecimiento económico al tiempo que uniría al continente evitando los sangrientos conflictos que habían caracterizado la primera mitad del siglo XX.

El grado en que el euro beneficiaba a sus Estados miembros es una cuestión abierta.

Desde su introducción en 1999 hasta finales del 2011, los 17 Estados miembros de la zona euro alcanzaron una tasa media de crecimiento anual del 1,5 %. Mientras, Reino Unido, Suecia, Noruega y Suiza, todos fuera de la zona euro, crecieron un 2 %; 2,7 %; 1,7 % y 1,8 %, respectivamente, en el mismo periodo.

Si bien es cierto que en el mercado de bonos el diferencial entre cada uno de los miembros de la zona euro y Alemania se derrumbó a los mínimos alemanes, la baja rentabilidad desde la llegada del euro hasta la crisis financiera —casualmente desencadenando burbujas insostenibles de consumo y propiedades en Irlanda, España y Grecia, cuyos pinchazos han aplastado sus economías— no se ha vuelto a ver. Los diferenciales de los bonos se han



recuperado con firmeza a los niveles anteriores a la introducción del euro.

Pero si el argumento económico para la moneda única parece flojo, el argumento político es todavía más endeble.

Mientras partes de la zona euro estaban cada vez más endeudadas con otras partes de la eurozona, las fricciones políticas solo podían crecer.

El euro ya no es un barco que transporta a las economías de los países miembros a climas soleados, sino más bien una cadena para mantenerlos atados entre sí mientras el barco se hunde.

Solo hay que mirar a las dificultades que la zona euro está teniendo para deshacer

el lío griego —y la economía de Grecia es apenas un poco más de la quinta parte del total—.

En última instancia, la mayoría de los economistas y políticos están empezando a darse cuenta de que Grecia no puede cumplir con sus obligaciones de deuda. Así que, pase lo que pase, las pérdidas de deudas pasadas tendrán que ser compartidas. Esto se puede hacer a través de una repentina quiebra griega y su salida del euro, lo que sería muy complicado y potencialmente paralizaría a los bancos alemanes y franceses, incluso ahora, o con la continuación de un mecanismo mediante el cual las deudas griegas son

transferidas de los bancos al Banco Central Europeo (BCE).

La condonación de la deuda, en este caso, significaría que el BCE asumiría pérdidas y el resto de Europa cumpliría con ellas, pero de una manera estable.

¿Será esto bueno para Grecia? ¿Va a poner fin a la depresión?

Si usted piensa, como yo, que Grecia sigue siendo poco competitiva con relación al núcleo de la eurozona, el proceso de deflación continuará. A Grecia se le negarán nuevos préstamos y será aislada de los mercados de deuda, por lo que tendrá que ejecutar un presupuesto público primario. Esa es otra manera de decir que el Gobierno no podrá incurrir en déficit año tras año. Grecia podría ser autorizada a permanecer en el euro, aunque solo sea para evitar que el pánico se extienda a Portugal y otros países periféricos. Sin embargo, en muchos aspectos, Grecia estará sola. La condonación de antiguas deudas no detendrá la necesidad de una reforma estructural de su sector público y su economía en general.

El principal problema al que deberá enfrentarse Grecia no es la deuda pasada, es el hecho de que no se le permitirá endeudarse en el futuro, porque nadie va a confiar en el país. Y allí donde pueda vender deuda, los intereses a pagar serán altos y las condiciones duras.

Desgraciadamente, los primeros años del euro dieron al pueblo griego una falsa impresión de lo rico que era su país —la riqueza está determinada por el potencial productivo de un país, que se reduce a factores como condiciones laborales, sistema jurídico, inversiones en infraestructura y personas—. Y lo que está sucediendo ahora es un reajuste doloroso de los estándares de vida griega a la riqueza del país.

El euro, en otras palabras, creó una ilusión de riqueza.

Y ahora que la ilusión se ha roto y no va a volver, es difícil ver para qué propósito sirve la moneda única. (*The Wall Street Journal*)

## La cambiante geografía de la protesta social

IMMANUEL WALLERSTEIN

Cuando son buenos los tiempos, y la economía-mundo se expande en términos de nueva plusvalía producida, la lucha de clases se acalla. Nunca desaparece, pero en tanto exista un bajo nivel de desempleo y los ingresos reales de los estratos más bajos suban, aunque solo sea en pequeñas cantidades, los arreglos sociales son el orden del día.

Pero cuando se estanca la economía-mundo y el desempleo real se expande considerablemente, esto significa que el pastel total se encoge. La cuestión entonces resulta ser quién cargará el peso del encogimiento —dentro de cada país y entre países—. La lucha de clases se torna aguda y tarde o temprano conduce a un conflicto abierto en las calles. Esto es lo que ha estado ocurriendo en el sistema-mundo desde la década de los 70 y del modo más dramático desde el 2007. Hasta ahora, el estrato más alto (el 1 %) se ha aferrado a su tajada, de hecho la ha incrementado. Esto necesariamente significa que la tajada del 99 % restante se ha encogido.

La lucha por las asignaciones gira primordialmente en torno a dos aspectos del presupuesto global: los impuestos (cuánto y para quiénes) y la red de seguridad para el resto de la población (gastos en educación, salud y garantías para un ingreso de por vida). No hay país en el mundo donde esta lucha no esté ocurriendo. Pero estalla en algunos países con más violencia que en otros —debido a su localización en la economía-mundo, a su demografía interna, y debido a su historia política—.

Una aguda lucha de clases hace surgir, para todos, la

pregunta de cómo manejarla políticamente. Los grupos en el poder pueden reprimir duramente los disturbios populares, y muchos lo hacen. O, si los disturbios son muy fuertes para los mecanismos represivos, pueden intentar cooptar a los manifestantes fingiendo unirse a ellos y así limitar el cambio real. O hacen ambas cosas: intentan primero la represión y si esta falla, cooptan a la gente.

Los manifestantes también enfrentan un dilema. Comienzan siempre con un grupo valeroso relativamente pequeño. Necesitan persuadir a un grupo más grande (que es mucho más tímido políticamente) de que se les una, si es que han de impresionar a los grupos que detentan el poder. Esto no es fácil, pero puede ocurrir. Sucedió en Egipto en la plaza Tahrir en el 2011. Ocurrió con el movimiento Occupy en Estados Unidos y Canadá. Ocurrió en Grecia en las últimas elecciones. Ocurrió en Chile en las huelgas estudiantiles que han perdurado.

Pero cuando ocurre, ¿entonces qué? Hay algunos manifestantes que desean expandir sus estrechas demandas iniciales hacia demandas fundamentales de mayor amplitud y deconstruir el orden social. Y hay otros, siempre hay otros, que están listos para sentarse con los grupos en el poder para negociar algún arreglo.

Cuando los grupos en el poder reprimen, con mucha frecuencia avivan las flamas de la protesta. Pero muchas veces la represión funciona. Cuando no funciona y los grupos en el poder hacen arreglos y cooptan, a veces son capaces de neutralizar políticamente a los manifestantes. Esto es lo que parece haber ocurrido en Egipto. Las recientes elecciones conducen a una segunda ronda entre dos candidatos, ninguno de los cuales apoyó la revolución de la plaza Tahrir —uno

es el último primer ministro del depuesto presidente Hosni Mubarak y el otro es un líder de la Hermandad Musulmana, cuyo objetivo primordial es instituir la sharia en la ley egipcia y no implementar las demandas de aquellos que estuvieron en la plaza Tahrir—. El resultado es una cruel opción para el aproximado 50 % que no votó en la primera ronda por ninguno de los dos que contaron con la mayor pluralidad de votos. Esta desafortunada situación resultó de que los votantes por plaza Tahrir dividieron sus votos entre dos candidatos con antecedentes algo diferentes.

¿Qué habremos de pensar de todo esto? Parece existir una geografía de la protesta que cambia rápida y constantemente. Salta aquí y luego es reprimida, cooptada o se agota. Y tan pronto como esto ocurre, salta en otra parte, donde de nuevo se la reprime, se la coopta o se agota. Y luego salta en un tercer lugar, como si por todo el mundo fuera irreprimible.

Es irreprimible por una simple razón. El apretón a los ingresos mundiales es real y no parece que vaya a desaparecer. La crisis estructural de la economía-mundo capitalista hace inoperantes las soluciones convencionales a las caídas económicas, no importa cuánto nuestros expertos y políticos nos aseguren que hay un nuevo periodo de prosperidad asomándose en el horizonte.

Vivimos en una situación mundial caótica. Las fluctuaciones en todo son vastas y rápidas. Esto se aplica también a la protesta social. Esto es lo que miramos conforme la geografía de la protesta se altera constantemente. Ayer fue la plaza Tahrir en El Cairo, las marchas masivas desautorizadas con sartenes y cacerolas en Montreal hoy, y en alguna otra parte (probablemente sorpresiva) mañana. (**Tomado de Página 12**)